

## LA RATITA ATREVIDA

Érase una vez una ratita llamada Flor que vivía en un molino. El lugar era seguro, cómodo y calentito pero lo mejor de todo era que en él siempre había abundante comida disponible. Todas las mañanas los molineros aparecían con unos cuantos Kilos de granos para moler, y cuando se iban, ella hurgaba en los sacos y se ponía morada de trigo y de maíz. A pesar de esas indudables ventajas, un día dio una noticia a sus compañeras.

- ¡Chiskas, estoy cansada de vivir aquí! Siempre comemos lo mismo: granitos de trigo, granitos de maíz, harina molida, más granitos de maíz... ¡Qué hartura!

Una de sus mejores amigas, la ratita Anita, se quedó pensativa un momento y dijo:

- Bueno, pues yo creo que no deberías quejarte, querida Flor. A mí me parece que somos afortunadas y debemos estar muy agradecidas por todo lo que tenemos iya quisieran otros vivir con nuestras posibilidades!

Flor negó con la cabeza.

- Yo no lo veo así... ¡Esto es un aburrimiento y no quiero pasarme la vida entre estas cuatro paredes!

Su amiga empezó a preocuparse y quiso advertirla.

- Pero Flor ¡tú no puedes irte de aquí! Piensa bien las cosas... ¡Aún eres demasiado joven para recorrer el mundo!
- No, no lo soy, así que ¿sabéis qué os digo? ¡Pues que me voy de aventura a vivir nuevas experiencias! Necesito visitar lugares exóticos, conocer otras especies de animales y saborear comidas de culturas diferentes ¡ni siquiera he probado el queso y eso que soy una ratita!

Sus amigas la escuchaban boquiabierta y las palabras de la sensata Anita no sirvieron de nada.

¡Flor estaba empeñada en llevar a cabo su alocado plan! Dando unos saltitos se fue a la puerta y desde allí se despidió.

- ¡Adiós, chicas me voy a recorrer el mundo y ya volveré algún día!

¡Qué feliz se sentía Flor! Por primera vez en su vida se sentía libre y podía escoger qué hacer y el lugar al que ir sin dar explicaciones a nadie.

- A ver, a ver, ... sí, creo que iré hacia el norte camino de Francia... ¡Oh lá lá, París espérame que allá voy.

Tatareando una cancioncilla y pensando en todo el roquefort que se iba a zampar al llegar a su destino, se adentró en el bosque. Contentísima

correteó durante un par de horas orientándose gracias a su fino olfato.

Tanto anduvo que de repente le entró mucha sed.

- ¡Anda, ahí hay un río! Voy a beber un poco de agua.

La ratita Flor se acercó a la orilla y sumergió la cara. El agua estaba fresquísima y deliciosa, pero no pudo disfrutarla mucho porque un antipático cangrejo le agarró el hocico con sus pinzas.

- Bichito, bichito, me haces daño ¡Suéltame el hociquito!

El cangrejo obedeció y Flor le respondió.

- No vuelvas a hacerlo ¿no ves que duele un montón?

La pobre Flor se quedó con la naricita dolorida, pero no dejó que eso la desanimara y continuó su emocionante viaje. Hacia el mediodía dejó atrás el bosque y llegó a un camino de piedra.

- Ese camino va hacia el norte atravesando una pradera ¡No hay duda de que voy bien!

Muy resuelta y segura de sí misma echó a andar sobre los adoquines. De repente, un carruaje le pisó una patita.

- ¡Ay, ay, qué dolor! ¿Qué voy a hacer ahora? Me cuesta mucho andar.

El caballo continuó trotando sin mirarla y Flor tuvo que arrastrarse a duras penas hasta conseguir apartarse del camino y sentarse en una piedra.

- Esperaré quietecita hasta que me baja la inflamación. ¡Esto es horrible, me duele muchísimo!

Estaba muy afligida y empezó a pensar que su plan no estaba saliendo como había previsto. Con lágrimas en los ojos, empezó a lamentarse.

- No hace ni seis horas que salí de casa y ya estoy hecha un asco. Un cangrejo me muerde el hocico, un caballo me aplasta la pata... ¡eso no es lo que yo me esperaba!

Sus gemidos llegaron a oídos de un hada buena que pasaba por allí.

- ¡Hola, ratita linda! ¿Cómo te llamas?

Muy triste contestó:

- Flor, señora, me llamo Flor.
- ¿Y por qué estás tan triste con lo bonita que eres, pequeña?

Flor confesó lo que sentía en el fondo de su corazón.

- Estaba harta de mi vida y esta mañana decidí irme lejos de mi hogar en busca de aventuras pero ...
- ¿Pero qué, jovencita?
- Pues que desde que salí me ha mordido un cangrejo en el hociquito, un caballo me ha dañado la patita y encima estoy muerta de hambre ¡Quiero volver a mi casa!

- Vaya... ¿ya no quieres vivir una vida llena de emociones?

La ratita fue muy sincera.

- Sí, sí me gustaría, pero ahora quiero regresar a mi hogar con mi familia y con mi gente. ¡Cuánto daría yo por comer unos granitos de trigo o de maíz de los que hay en mi molino!

El hada sonrió.

- Me alegra tu decisión. El mundo está lleno de lugares maravillosos y es normal que quieras explorarlos, pero para eso tienes que formarte, aprender y madurar. Estoy convencida de que algún día cuando estés preparada, tendrás esa oportunidad. Anda, ven, súbete a mi hombro que te llevo a casa. No te preocupes que con una venda te curarás.

El hada buena la llevó de vuelta al lugar donde había nacido, al lugar que le correspondía y donde lo tenía todo para ser dichosa.

Por supuesto, la recibieron con los brazos abiertos y ni que decir tiene que ese día el grano del molino le supo más delicioso que nunca.

**Ana Medina Herrera, 11 años.**

Colegio "La Purísima"

Jun (Granada)

